La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 3 de febrero de 1908 — Núm. 1.362

PERSONAJE FLAMENCO DEL SIGLO XVII

retrato pintado por Franz Hals

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. – *Venganza serrana*, por J. Téllez y Lopez. – *Galería de los Uffizi de Florencia, colección de auto retratos de artistas célebres.* – *Proyecto de un gran canal entre Génova y el lago de Constanza.* – *París.* «*Faust,*» *de Gounot, en la Opera.* – *Ex-libris de Haroldo Nelson.* – *Andrés S. Dalmau*, violinista sudamericano. – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Alegre*, novela de G. M. Zaviría (continuación). – *Exposición de caricaturas en el Salón Parés*, por A. García Llansó. – *Libros recibidos en esta redacción.* – *La catástrofe ferroviaria del puente de Acquabella, cerca de Milán.*

Grabados.—*Personaje flamenco del siglo XVII*, retrato pintado por Franz Hals. – Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Venganza serrana.* – *La niña y el perro*, escultura de Troubetzkoy. – *Tríptico*, pintado por T. C. Gotch. – *Galería de los Uffizi de Florencia, colección de auto-retratos de artistas célebres.* – Grabado que ilustra el artículo *Proyecto de un gran canal entre Génova y el lago de Constanza.* – *Grabados referentes al nuevo decorado y vestuario del* «*Faust,*» *de Gounot, en la Opera de París.* – *Esperando las barcas*, cuadro de Dionisio Baixeras. – *Una partida de ajedrez*, cuadro de L. Campbel Taylor. – *Tres ex-libris de Haroldo Nelson.* – *Andrés S. Dalmau*, violinista argentino. Retrato (de fotografía de A. Esplugas). – Dibujos de Cutanda que ilustran la novela *Alegre.* – *Exposición de caricaturas en el Salón Parés* (6 grabados). – *Busto de la señorita L.*, escultura de Hipólito Nyat. – *Catástrofe ferroviaria del puente de Acquabella, cerca de Milán* (de fotografía de R. Fierilli, de Milán).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una inglesa neta, la mujer del célebre cabecilla carlista D. Ramón Cabrera, me respondió, al preguntarla cómo no venía al continente alguna vez: «En el continente llueve poco. Yo me seco en el continente.»

Muy á menudo evoco esta frase típica, ahora que en Madrid llueve tanto como puede llover en el Norte.

Sin duda alguna nos gusta á todos, teóricamente, el cielo azul, el aire ligero, el piso enjuto y el sol dorado y radiante; pero el clima de Madrid, cuando no llovía nada, era cruel para los bronquios. No se hacía más que toser roncamente y sentir en la garganta insufrible opresión. Las pulmonías acechaban detrás de cada esquina. El reuma se apoderaba de los huesos. (Yo supongo al lector lo bastante ilustrado para saber que el reuma molesta mucho menos en los países de humedad, y que no es lo mismo *un local húmedo* que un *país húmedo.)*

***

Los cantantes, apenas llegaban á Madrid, sufrían las consecuencias de esta inclemente desazón del aire, y ó se quedaban afónicos, ó sentían eso que se llama el orgasmo, y que tantos disgustos, rabietas y decepciones ha causado aquí á divas y divos. Este año, según parece, cada cantante tiene su voz de costumbre; no hay necesidad de andar haciendo cambios en el cartel, porque el barítono padece catarro naso faríngeo ó la contralto ha pescado una bronquitis capilar. Todavía no hemos olvidado aquel terrible invierno seco que nos costó la vida de Gayarre, herido por la temperatura como por un puñal de vidrio. Y al ver caer monótona la lluvia; al ver las vías encharcadas y fangosas, las suelas del calzado impregnadas de esa sutil papilla que alfombra la acera—al creernos, en suma, en la zona de España donde une al cielo con la tierra una red de hilos de agua y lo entoldan negras nubes,—nos regocijamos, como el que vuelve á encontrarse en su casa después de largo viaje por tierras en que el clima era mortal enemigo nuestro...

***

Sí: la humedad es necesaria para la normalidad de la respiración. Convénzanse de ello los que echan de menos, en Madrid y en esta temporada, el libre callejeo de otras épocas, aquel salir á tomar el sol, oficialmente. Acaso también la lluvia contribuirá á apretar los lazos del hogar, á retener en casa, forzosamente, á los incorregibles vagabundos de la villa y corte. Salir á mojarse no es lo mismo que salir á calentarse en la estufa de los pobres, á meterse con todo el que pasa, á curiosearlo todo, bajo el abrigo de la capita chula llevada con más ó menos garbo... Y esta población flotante, espuma de Madrid, que lo invade, confluyendo, como atraída por mágico imán, á la Puerta del Sol, echa de menos el buen tiempo, como el pez su natural elemento líquido, y se cree defraudada de sus más lícitos goces. Dijérase que los mismos ruidos de Madrid se apagan cuando llueve: esta ciudad sonora y bulliciosa se pone sordina; los coches ruedan sobre el barro como sobre fieltro; los pregones son menos insistentes; los vendedores ambulantes que obstruían las aceras se retiran por no calarse como sopas; los golfos importunos se meten sin duda en aquellos agujeros de la tierra donde las hormigas se sumen sin que las podamos perseguir; y para decirlo de una vez, desaparece de la vida madrileña ese formidable elemento: *¡la calle!* La calle, en las ciudades en que hace sol, lo es todo; y en ella se permanece, en ella puede decirse que se habita; pero en esas ciudades del Norte envueltas en brumas, encharcadas por el chubasco ó ateridas por la nieve, la calle no es más que lo que debe ser: un sitio de tránsito, por el cual hay que pasar forzosamente, si hemos de ir adonde es indispensable que vayamos. Madrid, este mes, se ha quedado sin *calle.*

Y la vida de los espectáculos y los salones es más intensa. El público llena los teatros—especialmente el Real—como no he observado otros años que los llenase. Las noches que canta Anselmi, difícilmente se verá una localidad vacía.

Este tenor ha venido á demostrar una vez más que no se consiguen los triunfos del arte lírico solamente con la voz. Aquí hemos celebrado á algunos divos que se limitaban á cantar. Anselmi, y también Titta Ruso, hacen de cada papel una creación dramática y artística. Es imposible encarnar mejor el espíritu de personajes como Rigoletto, Hámlet, Mario Cavaradossi, Werther, Des Grieux, el duque de Mantua. El canto, mírese como se mire, y por más primores que haya derrochado en él un compositor genial, será siempre la expresión de un alma, será siempre psicología, y si no, ¿qué es? Anselmi lo ha comprendido así, y en cada nota señala y acentúa la intención del personaje, el estado de ánimo que en aquel momento debe revelarse por medio de la belleza de la música. No es posible dar al acento del desalmado y frívolo duque de Mantua igual inflexión que al de Werther cuando, en el paroxismo de su exaltada sensibilidad pasional, lee una poesía en presencia de Carlota. Y la voz de Anselmi, al emitir ciertas delicadas notas que timbra el sentimiento, lleva envueltas lágrimas, acarrea gemidos. No es extraño que al solo anuncio de que Anselmi canta, se llene el coliseo, y que los cuchicheos de los palcos, esos cuchicheos impertinentes que no permiten escuchar, cesen como por encanto cuando el tenor favorito ataca la romanza ó la cancioncilla. Establécese entonces un silencio que permite oir el vuelo de una mosca, y recogidos, anhelantes, los espectadores no quieren perder la más leve modulación de esa voz que yo no comparo á la de Gayarre, pero que de seguro está mejor manejada que la del insigne roncalés. ¡Oh! Si Gayarre hubiese vivido lo bastante para aprender á sacar todo el partido de su extraordinaria garganta, ¡quién podría competir con él! ¡Qué cantidad de millones reuniría al término de su carrera!

Produce terror pensar que el capital de los tenores, la finca de la laringe, esta expuesta á tantas y tan fáciles quiebras; que, más amenazadora que la langosta y la filoxera, se ciernen sobre esa viña y esa heredad las ronqueras y las afonías. La menor alteración en el órgano basta para cambiar la voz de un ángel en un desapacible sonido ó en temporal mudez. Yo tengo una voz excelente para la oratoria, una voz que se hace oir en el recinto más amplio y con las más detestables condiciones acústicas; y apenas me acatarro, esta voz bien timbrada y clara se transforma, quedando por mucho tiempo como rota, resquebrajada y tan diferente de sí misma, que no hay modo de reconocerla. Esto, que para mí no pasa de pequeña molestia, ¡cuán terrible será para un divo ó diva! Porque su gloria, su fortuna, todo lo que en la tierra le importa, están vinculados á la nitidez de su metal de voz, á su facultad de herir el aire hermosamente...

***

Fuí antaño muy amiga de una señora, la marquesa de San Miguel das Penas, conocida en sus brillantes tiempos por Encarnación Camarasa, la cual poseía una voz maravillosa, dulce, sonora, y cantaba con la mayor afinación. Claro es que no se dejaba oir sino en los salones; pero con ella se vanagloriaban de hacer el dúo tenores de fama europea, lamentando que aquella artista no necesitase vivir de su canto, porque cosecharía, en los escenarios del mundo, oro y laureles. Una mañana, la señora se levantó sin notar la menor alteración en su salud; se acercó al piano según costumbre para ensayar algunos gorgoritos... y advirtió, con ese terror frío que nos aumenta al comprobar á solas una desgracia, que la voz habia desaparecido por completo. Como si se la hubiese robado un maligno encantador; como si fuese un objeto que se substrae y se oculta y no vuelve á encontrarse jamás. Consultas á médicos; remedios ensayados, planes, régimen, nada sirvió. La divina voz, que allí estaba la víspera, que la noche anterior había congregado bajo las ventanas de la Camarasa á la gente de su barrio, siempre ansiosa de oir aquellos gorjeos seductores, no existía. No era que hubiese disminuído, que se hubiese alterado; era la absoluta supresión. ¿Se comprende la impresión de un artista lírico que vive de su profesión, y que amanece así, sin rastro de lo que estimaba más que la vida?

***

Hay una melancolía profunda en lo que desaparece, en lo que se va, en lo que, al menos entonces, ni aun se archivaba por medio del fonógrafo. Del escultor, del pintor, del poeta, queda la esencia en la obra; del cantante, apenas queda el eco del nombre; y digo *apenas,* porque el olvido es para ellos inminente. ¿Quién se acuerda ya hoy de la Penco, de la Grisi; quién se acordará de la Patti, cuatro días después de su muerte? ¿No está ya arrinconada? La carrera lírica es breve, esplendorosa en el corto tiempo que dura, productiva como acaso ninguna otra..., pero en el acto de apagarse las luces y bajarse el telón se verifica una especie de representación simbólica del destino del artista.

Menos mal cuando, merced á una sabia economía, pueden, como la Patti, retirarse en sus últimos años á castillos fastuosos, á viviendas casi regias, ó cuando, por el azar de haber despertado una inclinación honrada, se acogen, como la Pacini y la Barrientos, al hogar. Lo realmente doloroso es el caso de los cantantes cigarras, que se consagran á emitir dulces sones el verano entero y así que el invierno llega, se ven obligados á recurrir á dar lecciones ó á desempeñar plazas en Conservatorios... Aquella mujer que pasa, cubierta con un abrigo de indefinibles tonos grises, tocando su cabeza un sombrero pasado de moda, arrastró por la escena los armiños ducales de Lucrecia Borgia, manejó el chal refulgente de la Gioconda, electrizó á los espectadores con el atavío semi bárbaro de Dalila; aquel individuo que activa su andar para ahorrarse el gasto de un coche, arrebató á la multitud bajo la malla de plata del Caballero del Cisne, y en los entreactos recibió perfumadas esquelas, dentro de las cuales una flor se marchitaba... Y ahora van á subir á terceros pisos, para enseñar el solfeo á niñas anémicas, que aporrean el piano ó martirizan la canción lánguida y cursi de Tosti... En su cabeza resuena aún el murmurio de los vastos teatros llenos; las reminiscencias de los aplausos todavía levantan en su corazón torbellinos de gozo... Y todo ha pasado, para no volver nunca. *Sic transit:.*

***

Confieso que, así como la mayor parte de los crímenes me dan asco, hay robos que me entretienen, por la suma habilidad que revelan. Quizás en ningún país del mundo se robe con tanto arte como en Madrid. ¿Recuerdan los lectores aquel saqueo de una joyería, hecho por la alcantarilla, en la calle del Carmen, y en el cual se diria que los ladrones se evaporaron, como si un mago los hiciese invisibles con su varilla? Otro joyero acaba de ser víctima de las tretas de los tomadores de lo ajeno—pero lo curioso del caso está en que el joyero había adoptado toda especie de precauciones, estaba escamadísimo, no se descuidó ni un instante,—y sin embargo, el brillante de trece quilates y el ladrón se fueron juntos, en un vuelo, sin que bastasen para impedirlo prudentes medidas y exageradas vigilancias. Las trazas y mañas picarescas vencieron á la cuidadosa prevención.

En vano el joyero encargó á sus dos dependientes, al uno que no soltase la sortija sin recibir el dinero; al otro, que se apostase en la puerta para seguir al comprador si le veía salir antes de pagar. En una vuelta de escamoteo, el diestro ladrón supo guardarse la sortija buena y poner en su lugar un vidrio; y para mayor ironía, claveteó la caja y dejó al mísero dependiente con ella en la mano, fuertemente asida, esperando, esperando lacre y dinero, mientras el burlador se escapaba tranquilamente por la puerta. Allí le atistaba otro dependiente para seguirle y saber adónde iba. Y le siguió hasta un café, y en él le dejó y se fué á avisar á su amo... ¡Como si de un café no se marchasen los parroquianos cuando se les antoja! El burlado joyero, á estas horas, ni sabe del brillante ni del bergante... Todo se hizo como en una novela de Conan Doyle; con la destreza prodigiosa de los ociosos que desarrollan el mayor ingenio para vivir sin trabajar...

EMILIA PARDO BAZÁN.

VENGANZA SERRANA, por Juan Téllez y López

Dibujo de Mas y Fondevila

Por la carretera avanzaba un automóvil á toda velocidad

Un periódico de la capital de provincia relató el hecho de la manera siguiente:

«Acabamos de tener noticia de una espantosa catástrofe de la cual han sido víctimas nuestros queridos amigos los Sres. de Lago. Escribimos bajo la impresión tremenda de dolor y de consternación que la desgracia nos produce y confiamos en que nuestros lectores sabrán dispensarnos la incoherencia de esta noticia.

»Ayer tarde, cuando mayor era la concurrencia en la plaza del vecino pueblo de Villanueva de la Peña, y en el momento en que el baile estaba en todo su apogeo, un automóvil, lanzado á toda velocidad por la recta carretera, atravesó el caserío como un relámpago. Llenos de espanto, los pacíficos habitantes de la villa, pudieron apreciar que, por un lado del vehículo pendía el cuerpo de un caballero elegantemente vestido; y que, por el otro, una dama, loca de terror y pidiendo socorro, forcejeaba en vano para detener la máquina. Un instante después, y sin que nadie pudiera evitarlo, el automóvil fué á estrellarse contra la elevadísima Peña que da nombre al pueblo; y cuando los vecinos de Villanueva acudieron al sitio de la catástrofe, solo pudieron hallar, entre los fragmentos del carruaje, dos cadáveres horriblemente mutilados.

»Las víctimas de esta espantosa catástrofe, como saben nuestros lectores, han sido D. José Lago y su bellísima esposa. Todavía está húmeda la tinta de los sueltos que dedicamos á su venturoso enlace; no hace ocho días aun del fausto suceso; y cuando todo sonreía á la feliz pareja, la muerte la ha cubierto con sus negras alas... ¡Dios haya acogido en su santo seno á nuestros desventurados amigos y dé á sus familias la resignación que necesitan para soportar la terrible pena que les aflige!..»

Al otro día, el mismo periódico, ampliando el relato de la catástrofe, publicó un suelto que decía así:

«Hay mucho de misterioso en el modo de realizarse la desgracia que todos lamentamos. Al pasar el automóvil por Villanueva, Pepe Lago iba ya muerto. Evidentemente, una causa desconocida hasta ahora le mató de improviso, y su desgraciada esposa, la pobre Felisa que todos queríamos tanto, no pudo evitar que el automóvil se estrellase. A los médicos toca decidir si ha habido en el trágico suceso algo que pudiera ser un espantoso crimen. La opinión espera con impaciencia el resultado de sus trabajos.»

»Y, en efecto, los forenses, después de numerosas investigaciones, pudieron averiguar que el recien casado había muerto de un balazo que le atravesó el cráneo. Lo que no pudo saberse, ni hasta ahora ha sabido el juez del distrito, es el nombre del criminal, ni las causas que le indujeran á la comisión de tan feroz atentado.»

I

Blas el guarda era un verdadero salvaje. Nacido en una terrible noche de tormenta, en pleno monte, á la lívida luz de los relámpagos, poco después de haber caido un rayo en la solitaria casa que á sus padres servía de albergue, y en el preciso momento en que su madre, despavorida, huía del incendio, parecía haber concentrado en su carácter todas las circunstancias que acompañaron á su venida al mundo. No contaba tres años cuando la autora de sus días le dejó solo con su ya anciano esposo, y allí, en medio del campo, sin ver más personas que las contadas que se atrevían á desafiar las iras del guarda y venían á robar leña, se crió como una fiera, acostumbrándose á luchar con los elementos y con las alimañas, á no esperar ayuda de nadie, á ver un enemigo en cada hombre y á hablar consigo mismo cuando sentía la necesidad de comunicar á alguien sus impresiones. En cuanto la edad se lo permitió, se emancipó de su padre por completo y se dedicó á vagar día y noche por el espeso monte y la próxima sierra, sin ir á casa sino muy de tarde en tarde. Siempre con la escopeta al hombro, subía á las más altas cimas, cantando con voz robusta extrañas melodías de su invención, y desde allí, sentado en alguna roca, á la altura de las águilas, veía salir el sol y la luna ó contemplaba el curso de las estrellas... Otras veces, se dedicaba á estudiar los animales y las plantas del valle y de la montaña y á imitarlos en rudimentarios dibujos... A su modo, era científico y artista, metafísico y poeta. Sin que nadie le hubiera enseñado nada, sabía observar é imitar á la Naturaleza, meditar sobre sus fenómenos y expresar sus emociones de una manera originalísima. Lo que no sabía era hablar con las gentes; cuando, casualmente, se encontraba ante una persona, hombre ó mujer, su gesto haciase más huraño que de costumbre y huía como una fiera... Sin saber por qué, odiaba á la Humanidad y la despreciaba. Cuando, desde alguna peña, veía las casas de Villanueva, con sus penachos de humo y sus rojizas tejas, no podía reprimir una mueca de desden...

II

Una tarde de otoño, amarillenta y triste, Blas encontró en la carretera algo que vino á modificar profundamente sus pensamientos y sentimientos. Era una escena interesantísima que hirió su imaginación de un modo extraño. Sentado en un montón de piedras, un mendigo, con su zurrón á la espalda, parecía agonizar de hambre y de cansancio; y del grupo de muchachas que volvía de la vendimía, una joven de ojos negros, se había destacado presurosa y ofrecía al anciano un racimo de blancas uvas, limpiándole el rostro con un pañuelo y prodigándole cariñosas palabras con dulcísimo acento... Blas, emocionado, se acercó al grupo y, por vez primera en su vida, habló

cariñosamente con un ser humano... Cuando se separó de Magdalena, que éste era el nombre de la muchacha, la adoraba ya con toda su alma. Desde entonces, el monte y la sierra hubieron de escuchar sendas plegarias de amor fuerte y bravío; y todos los soliloquios de Blas y todos sus pensamientos y sentimientos se concentraron en un solo deseo: ver á Magdalena, hablarla y casarse con ella .. La mueca de desdén que Blas no podía reprimir al mirar el pueblo, se convirtió en una mirada infinita de cariño inmenso...

III

¿Llegó Magdalena á darse cuenta de la pasión frenética que había inspirado? ¿Supo, antes de morir, que por ella y sólo por ella bajaba al pueblo aquella fiera que antes nunca había pisado sus calles y su plaza? Es de suponer que sí; pero Blas no llegó á declararla su cariño. Una noche de estío, en que paseaba por la carretera con otras muchachas, un monstruo desconocido, que avanzaba velozmente, lanzando terribles miradas por sus ojos de fuego, la alcanzó, pasando implacable sobre su hermoso cuerpo y dejándola muerta. Y pocas horas después, cuando el virginal cadáver, vestido de blanco y cubierto de flores, descansaba ya en su tosco ataúd, los que velaban en la casa mortuoria, que eran casi todos los vecinos del pueblo, pudieron presenciar algo inaudito... Blas, el feroz Blas, entró en la habitación lanzando rugidos y se abrazó llorando á la pobrecita muerta, cubriéndola de besos y cayendo de rodillas después... Al día siguiente, terminado el entierro, volvió á su monte y no bajó más al pueblo. Sólo le veía algunas noches el guarda del cementerio saltar el muro, arrodillarse ante la tumba de su amada y llenar la losa de flores silvestres; pero jamás se atrevió á salir de su casa cuando esto ocurría...

IV

Y toda la energía indomable de aquel hombre se concentró en una pasión vesánica: el odio al automóvil. Aquella máquina infernal que había destruído su dicha, matando á su adorada, *se la tenía que pagar*. Fuese como fuese, tenía que hacer añicos el primer automóvil que pasase por la carretera. Dejaría caer sobre él un peñasco ó se lo pondría delante; la cuestión era vengarse, pero vengarse de un modo terrible, destrozando el vehículo y los que le ocupasen. Si las víctimas no tenían la culpa de que Magdalena hubiese muerto, tampoco Magdalena y él tenían la culpa de que los ricos hubieran inventado una máquina para aplastar á los pobres. Ojo por ojo y diente por diente.

Pero pasaban los días y los meses y ningún automóvil asomaba por la larga recta del camino. Parecía que un genio maléfico pretendía destrozar los planes del serrano, que en su locura llegó á rezar todas las noches para que Dios hiciese pasar un auto al día siguiente. Su venganza estaba bien preparada. Con mil trabajos había conseguido poner un enorme peñasco sobre un saliente de la montaña, en un equilibrio tan inestable, que bastaría empujarlo un poco en el momento preciso para que se despeñase sobre el vehículo. Y allí, junto al instrumento de su odio, pasaba largas horas, mirando al horizonte ansiosamente y meditando en lo feliz que habría sido casándose con Magdalena...

A las veces, bajaba los domingos al cementerio para pasar la tarde con su adorada. El domingo era el día en que no podía temer que le sorprendiesen: los viejos estaban en la taberna y los mozos se reunían en la plaza para bailar. Todos eran dichosos y Blas quería disfrutar también del único goce que le restaba en el mundo... Y uno de estos días, al volver del camposanto, mientras la luna grande y solemne asomaba por el Oriente, plateando la lejanía azul, el serrano vió que por la carretera avanzaba un automóvil á toda velocidad... Su grito de rabia y desesperación debió oirse en el pueblo; su atroz blasfemia debía rasgar el azul de los cielos. Con una mirada llena de ira midió la distancia que le separaba de su peñasco: era imposible llegar á él antes de que pasara el vehículo. En un supremo instante su imaginación exaltada le representó el fracaso de sus ilusiones. ¡Pasar días y días junto al instrumento de su venganza sin que viniese un solo automóvil y no estar allí precisamente cuando venía uno! Y el carruaje avanzaba implacable; solo dos cientos metros le separaba de Blas... Y en él venían un hombre y una mujer, dos seres felices, que se adorarían y que vendrían diciéndoselo... ¡Ira de Dios!.. Pero en aquel momento, una idea hermosa estalló en su cerebro. ¡Su escopeta estaba cargada con bala y él era el primer tirador de la comarca! Con infinitas precauciones, pero con la rapidez de un tigre, descolgó el arma, apuntó con cuidado y disparó los dos tiros; y el automóvil, lanzado á toda velocidad, atravesó el pueblo y fué á estrellarse contra las rocas, arrastrando un cadáver que colgaba de su lado derecho y una mujer, vestida de blanco, que gritaba como una fantasma y agitaba los brazos desesperadamente.

Allá en medio de la carretera, un hombre palmoteaba y daba grandes saltos, lanzando gritos de júbilo... Después se arrodilló sobre la grava y empezó á rezar, dando gracias á Dios...

La niña y el perro, escultura de Troubetzkoy

Tríptico pintado por T. C. Gotch.

En el centro, el retrato de un niño; á los lados dos figuras de ángeles. (Reproducción autorizada por Mrs. Penton.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

V

Leandro Da Ponte – Llamósele también el *Bassano* y más corriente *Leandro*, para distinguirlo de su padre, el pintor *Jacobo Da Ponte*, y nació en Bassano en 1560 y murió en Venecia en 1623. Ejecutó varios é importantes trabajos en el palacio ducal de esta última ciudad, así como una interesantísima serie de retratos de los duques, sin perjuicio de un considerable número de cuadros de carácter religioso, así como interiores, escenas místicas, etc., etc. Obtuvo señaladas distinciones, entre ellas la entonces muy estimada de caballero de San Marcos. Fué apasionado por la música y un buen tañedor de laúd.

Ludovico Cardi. – Este distinguido pintor, arquitecto y literato, apellidado *Cigoli*, nació en Cigoli (Toscana) en 1559 y murió en Roma en 1613. Perteneciente á una familia modestísima, hubo de luchar con muchas dificultades en sus primeros estudios, que pudo completar gracias á la generosidad de su maestro, el pintor Alejandro Allori. Atacado de enagenación mental por efecto del excesivo trabajo, vióse obligado á descansar durante algunos años, hasta que restablecido, el papa Paulo V y el gran duque de Toscana le encargaron importantes trabajos, logrando merecida fama como notable dibujante y excelente colorista, citándose entre sus obras capitales un *San Francisco penitente*. Como arquitecto se le deben, entre otras obras, el patio del palacio Strozzi, habiendo escrito un *Tratado de perspectiva* y otro de los *Cinco órdenes de arquitectura*.

Anibal Caracci. – Nació en Bolonia en 1560 y murió en Roma en 1609. Extendióse su fama por Europa, considerándosele en posesión de todas las aptitudes y facultades distintivas de un gran pintor. Su aversión al estudio fué tan determinada, que su padre pudo lograr solamente que llegara á leer y á escribir, colocándole en el taller de un platero. Allí comenzó á dibujar, iniciándose su vocación por la pintura, dedicándose á recorrer Italia para estudiar las obras de Corregio, el Tintoretto y el Veronés. De regreso en su patria, unióse á su hermano Luis, ejecutando obras verdaderamente magistrales, que fueron objeto de las acerbas críticas de sus émulos, los pintores de Bolonia, de quienes triunfó el preclaro artista. En el apogeo de su gloria confiáronle obras de suma importancia, produciendo cuadros que, como los titulados la *Natividad, Cristo y la Samaritana*, etc., se conservan en los museos de París, Munich, San Petersburgo y Florencia.

Abraham Bloemart. – Nació en Gorkum en 1564 y murió en Utrecht en 1647. Recibió las primeras lecciones de su padre, que se distinguió como arquitecto, ingeniero y escultor, completando sus estudios de pintura en los talleres de Floni y Frank. Entre las cualidades que revelan sus obras, ha de mencionarse su habilísima aplicación del claroscuro. También son muy recomendables sus grabados en madera.

Miguel Angel Amerighi. – Este notable pintor italiano, que nació en 1569 y murió en 1609, fué más conocido por *Caravaggio*, nombre de su pueblo natal. De carácter enérgico, cuanto llegó á ser lo debió á su propio esfuerzo, ya que sin maestro alguno y sólo observando cómo manejaban el lápiz y el pincel los artistas en cuyo taller desempeñaba el cometido de machacar el yeso para los pintores al fresco, aprendió á pintar, distinguiéndose por no haberse sujetado á reglas ni tradiciones artísticas. Sus obras recomiéndanse por su originalidad y la expresión de sentimientos y violencias, citándose como las mejores *Cristo llevado al sepulcro*, la *Muerte de la Virgen*, *Cupido* y una *Gitana*.

Francisco Porbus. – Nació en Amberes en 1570 y murió en París en 1622. Después de haber viajado por diversos Estados de Europa, fijó su residencia en París, dándose á conocer ventajosamente en los retratos y cuadros de historia. Entre sus cuadros más celebrados, algunos de los cuales figuran en el museo del Louvre, han de citarse la *Cena*, *San Francisco de Asís* y los retratos de María de Médicis y Enrique IV.

Tiberio Titi. – Nació en Florencia en 1573 y murió en la misma ciudad en 1627. Discípulo de su padre, el notable pintor Santos de Titi, siguió las huellas de aquél, siendo digno compañero de otros artistas no menos distinguidos, produciendo obras dignas de encomio, alcanzando justificada notoriedad como caricaturista.

Guido Reni. – Nació en Calvanzano, cerca de Bolonia, en 1574 y murió en 1642. Hijo de un buen músico, enseñáronle á tocar el clavicordio, trocando al poco tiempo esta profesión por la de pintor. Discípulo de los principales artistas, dió presto testimonio de sus grandes aptitudes, distinguiéndose por el delicado sentimiento que supo imprimir á sus obras. El cuadro titulado *El martirio de San Pedro*, que actualmente se conserva en el Vaticano, le valió un ruidoso triunfo y la protección del pontífice, así como el encono de otros artistas, de tal suerte que para salvar su vida tuvo que abandonar Roma y Nápoles.

Cristóbal Allori. – Hijo del célebre pintor Alejandro Allori y como aquél apellidado el *Broncino*, nació en Florencia en 1577 y murió en 1619. Comenzó su educación artística en el taller del autor de sus días, á quien excedió en méritos. Algo indolente y vacilante, es muy limitado el número de obras que se conservan de este artista, siendo notables por su hermoso colorido y exquisita ejecución. – Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Leandro Da Ponte, italiano (1560-1623)

Ludovico Cardi, italiano (1559-1613)

Aníbal Caracci, italiano (1560-1609)

Abraham Bloemart, holandés (1564-1647)

M. Amerighi, italiano (1569-1609)

Francisco Porbus, italiano (1570-1622)

Tiberio Titi, italiano (1573-1627)

Guido Reni, italiano (1574-1642)

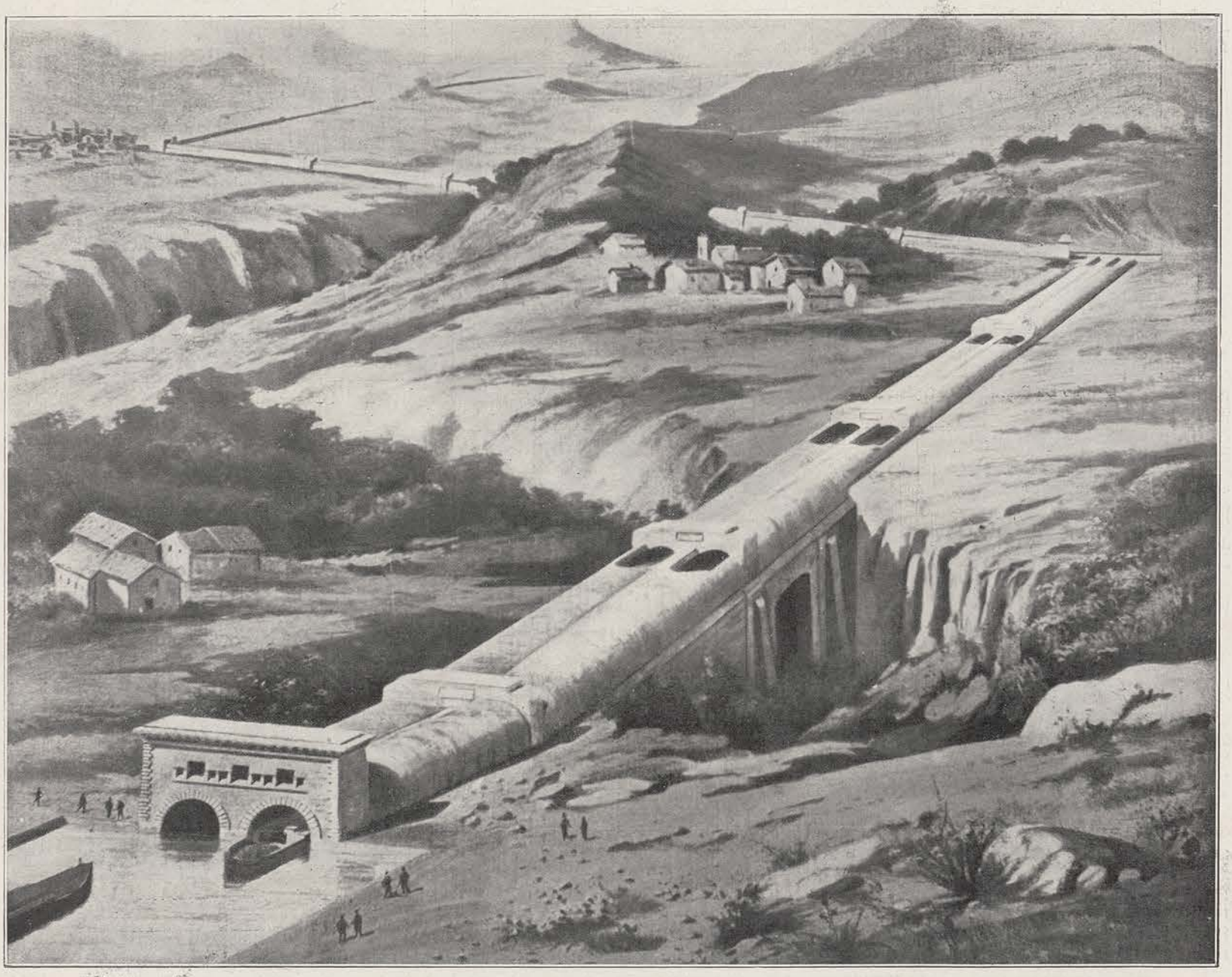
Cristóbal Allori, italiano (1577-1621)

LÁMINA. 5.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

PROYECTO DE UN GRAN CANAL ENTRE GÉNOVA Y EL LAGO DE CONSTANZA,

AL TRAVÉS DE LOS APENINOS Y DE LOS ALPES

Un ingeniero milanés, el Sr. Caminada, ha concebido este proyecto que, aparte de su grandiosidad, es notable por su originalidad, pues los principios científicos en que se basa son totalmente distintos de los que hasta ahora se han utilizado para la construcción de grandes canales navegables.



Vista en perspectiva de una vía acuática de dos canales tubulares inclinados, divididos en secciones, que demuestra cómo esta vía puede adaptarse á las diferentes condiciones del terreno. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El autor de este proyecto ha dado acerca de él las siguientes explicaciones.

Los actuales canales navegables no sólo son insuficientes para el intenso tráfico de nuestros días, sino que además presentan grandes inconvenientes, y la necesidad de seguir un plano horizontal hace el trazado difícil y á menudo excesivamente largo y costoso á causa de los movimientos de tierras y de las obras de fábrica que es preciso ejecutar. Los trozos del canal en galería resultan muy caros, porque la sección del subterráneo ha de tener, con los sistemas actuales, grandes dimensiones, y por otra parte la tracción mecánica de las embarcaciones exige instalaciones complicadas y una explotación costosa.

Las diferencias de nivel representan en la actualidad un obstáculo que puede ser insuperable y de todos modos producen una disminución notable en la potencialidad de la vía acuática y un considerable aumento en los gastos de instalación, á lo que hay que añadir las mermas, las dilataciones, las hierbas, las heladas y otras dificultades de construcción, conservación y explotación que impiden el gran desarrollo de los canales navegables.

Un medio nuevo de elevación no debe ni puede apartarse demasiado del concepto sencillo de la esclusa, que funciona desde tiempo inmemorial y que nunca ha ofrecido grandes inconvenientes, merced á la simplicidad de su funcionamiento. Un nuevo medio de elevación que funcione como las esclusas, con el que sea posible obtener grande economía de agua y alcanzar gran diferencia de nivel, y que á las ventajas de las esclusas pueda unir las que presentan en teoría los planos inclinados, ha de ser el ideal de los ingenieros que se dediquen á resolver tan importante cuestión.

Pero más que poderoso medio de elevación, necesita la actual navegación interior una transformación total y radical. Un sistema nuevo de navegación no sólo ha de tener por objeto evitar la construcción de una escala de esclusas en un punto cualquiera del trazado de un canal, sino que además ha de realizar nuevo esfuerzo para infundir nuevo soplo de vitalidad en el organismo, ya gastado, de la navegación interior.

Si imaginamos un tubo cilíndrico lleno de agua y mantenido en posición vertical, la lámina de agua será circular; si inclinamos dicho tubo, la lámina, conservando su horizontalidad, tomará una forma tanto más elíptica y alongada cuanto más se acerque el tubo á la línea horizontal. Si hacemos salir agua de la parte baja del tubo, un cuerpo que flote en la lámina de agua descenderá con ésta, recorriendo la línea inclinada y realizando dos movimientos, uno de arriba abajo y otro de marcha hacia adelante; si llenamos el tubo, el agua subirá á lo largo de éste, transportando el cuerpo flotante hacia la parte alta. De manera que si el tubo se mantiene vertical, el cuerpo flotante desciende en una línea vertical, y si el tubo está inclinado, el cuerpo, además de la distancia vertical, recorre una distancia horizontal.

Partiendo de esta sencilla idea, el Sr. Caminada ha concebido una esclusa de caja tubular, un canal de fondo inclinado con doble vía y la galería con pendiente y sección restringida. Su sistema no es otro que el del plano inclinado, tal como debe aplicarse á los canales; el agua misma constituye el plano y por ella caminan los barcos sin necesidad de aparatos especiales.

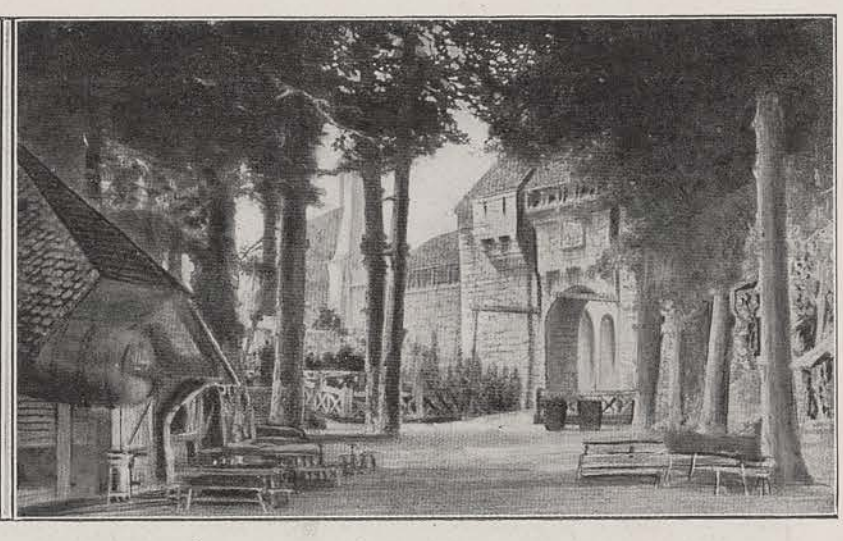
Dos esclusas inclinadas son acopladas paralelamente; una sirve para la subida y otra para la bajada y ambas tienen de común los depósitos de cruce, aguas arriba y aguas abajo. Una de ellas está llena y la otra vacía; en la primera entra el barco que ha de descender y en la otra el que ha de subir, y las dos se comunican por el fondo por medio de un conducto ó sifón, abriendo el cual el agua de la esclusa llena pasa á la otra, descendiendo una embarcación mientras la otra sube hasta que ambas alcanzan el mismo nivel. Termínase la esclusada cerrando el conducto de comunicación y vaciando enteramente la esclusa del barco que baja, mientras se hace llegar al conducto de alimentación de aguas arriba el agua necesaria para llenar la esclusa del barco que sube.

Este sistema permite la esclusada simultánea de dos embarcaciones con un consumo de agua correspondiente á la mitad del volumen de agua de una esclusa.

La esclusa tubular inclinada, además de ser práctica, sencilla, sólida y de construcción y entretenimiento fáciles y de ser muy superior á los medios conocidos hasta el día para salvar las diferencias de nivel, ofrece las siguientes ventajas: la tracción natural sin gastos, grande economía de agua; la posibilidad de los trazados rectilíneos; la sencillez y la facilidad de la conservación; y la posibilidad de su establecimiento en todas las regiones.

El Sr. Caminada ha efectuado algunos modestos ensayos de su sistema, con éxito satisfactorio, y ahora está en vías de efectuar uno definitivo y en grande escala.—T.

Decoración del cuarto acto.—El regreso de los soldados. Pintada por M. Jambón



Decoración del segundo acto.—La Kermesse. Pintada por M. Amable

PARÍS.—«FAUST,» DE GOUNOD, EN LA OPERA

Los nuevos directores de la Opera de París, señores Messager, Broussan y Lagarde, han querido, con muy buen acuerdo, rendir homenaje al más celebrado de los compositores franceses, al genial Gounod, montando de una manera espléndida *Faust,* la más popular de sus óperas, la que bate el *record* del número de representaciones en aquel coliseo.

La nueva *mise en scene* se aparta enteramente de lo que hasta ahora se había visto; así los trajes como las decoraciones se ajustan más á las circunstancias de lugar y tiempo en que se supone la acción del incomparable poema. Ni Mefistófeles es el extraño personaje vestido de encarnado, ni Fausto el gran señor, ni Margarita la doncella de porte aristocrático, ni Siebel ni Valentín lucen atavíos impropios de su condición: el diablo aparece vestido de negro, envuelto en luenga y amplia capa tornasolada; el rejuvenecido doctor tiene el aspecto de un estudiante rico; a gentil *Gretchen* viste como una modesta menestrala; Siebel no es más que un estudiante humilde, y Valentín un rudo soldado.

El mismo espíritu que ha presidido en la confección de estos trajes de las principales figuras ha informado la indumentaria de los personajes secundarios, de los coros, de los comparsas, del cuerpo de baile, que se sale de lo imaginativo para entrar en lo real y documentado. Los figurines han sido dibujados por M. Pinchón.

Las decoraciones son magníficas. La del laboratorio de Fausto, sin ofrecer nada de particular, tiene color de época, y la aparición de Margarita en un jardín causa una impresión deliciosa; la de la *Kermesse* es interesante, con sus fortificaciones, su puente levadizo y su bosque de pinos en el fondo; la del jardín, en plena florescencia primaveral, presenta un hermoso efecto de luz con la puesta de sol y la salida de la luna; la habitación de Margarita es el interior de una humilde vivienda alemana; la de la catedral está admirablemente combinada; en la del desfile de los soldados, se ve la ciudad cubierta de nieve; la de Hartz, en donde se desarrolla la fiesta de Valpurgis, es tétrica y grandiosa, y la aparición del palacio resplandeciente de oro y de luz es sorprendente; la de la cárcel representa un sombrío subterráneo y cuando muere Margarita, el fondo se ilumina, dejando ver la entrada de un claustro y un cementerio, sobre el cual se extiende un firmamento tachonado de estrellas. Las decoraciones han sido pintadas por los notables escenógrafos Carpezat, Amable, Simas, Jambón, Ronsin y Rochette.

Decoración del tercer acto.—El jardín de Margarita. Pintado por M. Simas

La primera representación de la ópera *Faust,* así renovada, ha sido un éxito grandísimo para cuantos han intervenido en ella. Las señoras Hatto *(Margarita),* Mastio *(Siebel)* y Goulancourt *(Marta),* y los señores Muratore *(Faust),* Delmás *(Mefistófeles)* y Dangés *(Valentín),* todos han sido muy aplaudidos. Muchos aplausos han obtenido también la orquesta, dirigida por Vidal, y los coros.—S.

Marta — Faust — Margarita — Mefistófeles — Una bailarina

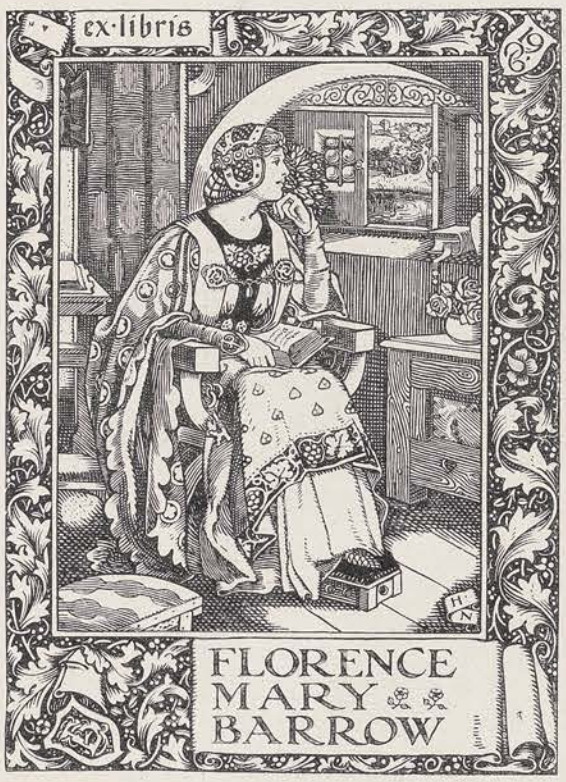
Los nuevos trajes para la ópera «Faust» que se ha cantado en París, dibujados por M. Pinchón

ESPERANDO LAS BARCAS, cuadro de Dionisio Baixeras

UNA PARTIDA DE AJEDREZ, cuadro de L. Campbell Taylor

EX-LIBRIS DE HAROLDO NELSON

En distintas ocasiones hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA *ex-libris*, originales de los más célebres artistas nacionales y extranjeros y con tal motivo hemos explicado



Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

la importancia que hoy vuelve á darse á esa rama del arte del dibujo, que después de haber tenido notables cultivadores en antiguos tiempos, había sido poco menos que abandonado.

Los que en esta página reproducimos, originales del celebrado artista inglés Haroldo Nelson, tienen un carácter heráldico y decorativo que se armoniza admirablemente con lo que es este género artístico y merecen, así por las ideas en que están inspirados como por su ejecución primorosa, figurar entre los mejores *ex-libris* modernos.

El notable violinista argentino **Andrés S. Dalmau**, que recientemente ha dado, con gran éxito, un concierto en los salones del Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona. (De fotografía de A. Esplugas).

ANDRÉS S. DALMAU

Hace algunas noches, dió un concierto en los salones del Fomento del Trabajo Nacional de esta ciudad el joven violinista argentino Andrés S. Dalmau. Venía precedido de gran renombre, conquistado en la *tournée* artística que realizó últimamente por algunas importantes capitales de la América del Sur, y justo es reconocer que en el concierto á que nos referimos justificó plenamente los elogios calurosos y unánimes que la prensa sudamericana le había dedicado.

Componían el programa escogidas y difíciles piezas de Paganini, Hauser, Cattelani, Sarasate, Bach, Chopin, Saint Lubin y Leonard, muy á propósito, cada una en su género, para poner de relieve las distintas aptitudes de un violinista, y en todas ellas revelóse Dalmau artista de primera fuerza, ora venciendo admirablemente las mayores dificultades de ejecución, ora imprimiendo á las melodías intenso sentimiento y siempre interpretando con expresión segura el pensamiento del compositor.

La numerosa y selecta concurrencia que acudió al concierto premió su exquisita labor con entusiastas aplausos.

Dalmau cuenta sólo veintitrés años y á pesar de ser tan joven ha llegado á una altura que muy pocos alcanzan, no

Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

siendo, por consiguiente, aventurado predecirle un porvenir brillante y lleno de triunfos. Es discípulo del maestro Cattelani, el actual director del Conservatorio de Música de Buenos Aires.

Aunque nacido en la Argentina, en Rosario de Santa Fe, casi podemos considerarle compatriota nuestro, pues es hijo de catalanes, y de nuestra tierra son todos sus recuerdos de familia.

Es probable que dentro de poco dé en nuestra ciudad un concierto público, en el que no dudamos logrará nuevos y ruidosos éxitos.

Después realizará una excursión artística por el extranjero.

Al honrar nuestras columnas con su retrato, enviamos al Sr. Dalmau nuestro más cariñoso saludo y nuestra más cordial enhorabuena.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— ZARAGOZA. – Por iniciativa del Comité ejecutivo de la Exposición Hispano-Francesa que ha de celebrarse en Zaragoza con motivo del Centenario de Los Sitios, se organiza una Exposición de Arte Contemporáneo, que estará abierta desde 1.° de mayo hasta 30 de octubre del presente año, se dividirá en salas francesas y salas españolas y abarcará las secciones de pintura, escultura, arquitectura, metalistería, cerámica, vidriería y reproducciones. Cada expositor no podrá presentar más que dos obras, en cada grupo, pero el jurado podrá aceptar mayor número cuando las circunstancias especiales del expositor lo aconsejen; ninguna obra podrá exceder, en su longitud mayor, de cuatro metros.

El plazo fijo para la recepción de las obras será desde el 15 al 30 de marzo y las obras deberán ser presentadas en el edificio destinado á Exposición por el expositor ó su representante autorizado, con una nota que determine el nombre, apellido, nacionalidad y domicilio del expositor, premios obtenidos en otras exposiciones, lugar y fecha de su nacimiento, número, género, títulos, dimensiones y precio de las obras que presenta.

La Comisión se reserva el derecho de reproducir en el catálogo de la Exposición las obras expuestas.

El Jurado podrá conceder medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase y menciones honoríficas y la Comisión recomendará á la Diputación y al Ayuntamiento de Zaragoza y á otras corporaciones la adquisición de las obras premiadas con medalla de 1.ª y 2.ª clase para que sirvan de base á la formación del nuevo Museo Regional de Arte Contemporáneo.

En caso de venta de alguna obra, la Comisión percibirá el 6 por 100 sobre el precio fijado por el artista.

Todo expositor está obligado á pagar el importe del seguro de sus obras, que ascenderá aproximadamente del 1 al 2 por 1.000 de su valor, y á satisfacer como derecho de inscripción el 1 por 100 del valor en que estime sus obras. La suma de estos derechos de inscripción juntamente con la del beneficio de las ventas realizadas, se destinarán íntegras á premios en metálico que se distribuirán entre los artistas premiados, con arreglo á lo que disponga el Jurado calificador.

Para más informes, pueden los artistas ver el reglamento publicado por la Comisión y cuyas principales disposiciones hemos extractado.

BARCELONA. – *Salón Parés.* – Han expuesto últimamente: el Sr. Baixas varias acuarelas, notables por su frescura, espontaneidad y facilidad de ejecución; y la Srta. Bonay unos cuadros de flores muy recomendables.

BOUQUET FARNESE 29, Bd des Italiens. VIOLET

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L' hereu Escampa*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol, para la cual ha pintado dos hermosas decoraciones el Sr. Vilomara; y en el Eldorado *Tratado de paz*, comedia en un acto del Sr. Maristany.

En el Liceo se ha puesto en escena el bonito baile de Leo Delibes *Coppelia*.

En Novedades ha dado dos funciones la eminente actriz señora Vitaliani, habiendo representado *La Tosca*, de Sardou, y *La madre*, de Santiago Rusiñol. Tanto ella como el notable actor Sr. Duse, han sido entusiastamente aplaudidos.

MADRID. – En el Español, las dos compañías de María Guerrero y Rosario Pino han dado juntas una representación de la preciosa comedia de los hermanos Alvarez Quintero *Las flores*, que ha sido una verdadera solemnidad artística La obra obtuvo una ejecución primorosa, habiendo rayado á gran altura las dos citadas actrices y los señores Díaz de Mendoza y Thuillier.

En el Real se ha cantado *Hamlet*, que ha proporcionado un nuevo triunfo al barítono Titta Rufo, quien ha probado una vez más sus eminentes dotes de autor y cantante. Las despedidas de dicho artista y del tenor Anselmi han sido una serie de ovaciones para cada uno.

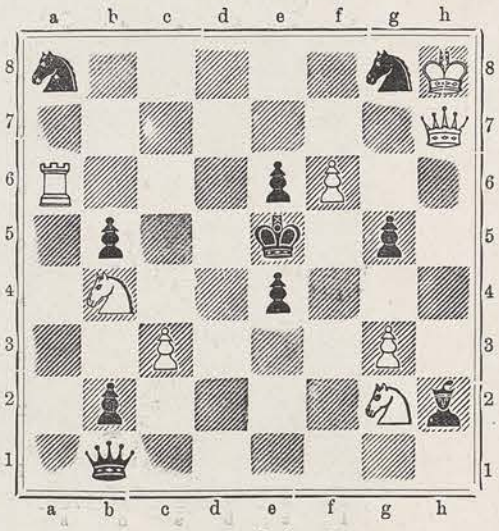
Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 486, POR V. MARÍN

6.° premio del Concurso de Estocolmo, 1905

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 485, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Te1-d1	1. Dd4×b4
2. Db2-a3	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	
	1. Dd4×f4
2. Db2-h2	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES

1..... Dd4×d1; 2. Db2×c3, etc.
c3×b2; 2. Td1×d4, etc.
Otra jug.ª; 2. Db2×c3 ó Td1×d4, etc.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)

Y corrió á chapotear con los pies desnudos las ondas saladas de aquel mar

—¡Dios mío, un niño!, exclamó, cuando cerca ya pudo ver bien el cuerpo delante el cual ladraba el perro.

Y sin detenerse á pensar que aquel guardián celoso podía atacarle y hacerle pedazos, corrió y levantó del suelo el helado cuerpo del muchacho.

Felizmente el animal no hizo ningún movimiento hostil, antes pareció alegrarse de aquel socorro inesperado.

—¡Pobrecillo! Está yerto, decía el buen sacerdote, arrimando su rostro á las mejillas del niño. ¡Quién sabe si aún vive!

Sí, vivía; pudo oir los latidos del corazón del desgraciado. Pero eran tan débiles que amenazaban cesar. Sin esperar un minuto, quitóse el sobretodo, tendiólo en tierra y colocando sobre él al muchacho comenzó á friccionarlo con todas sus fuerzas, hasta que le pareció que la sangre corría por aquel cuerpo helado, derramando un hálito de vida.

Entonces le envolvió en el sobretodo, cargólo en el tílburi, empuñó las riendas y fustigó rudamente al caballo, que arrancó al galope, mientras pegado al cochecito los seguía el perro.

***

Media hora más tarde el tílburi se detenía frente á la puerta cochera de la casa parroquial, y el buen cura, olvidado de sus cincuenta y cinco inviernos, saltaba como un muchacho de quince, llevando en brazos al chiquillo.

—¡Vicenta, Vicenta!, gritaba, llamando á la puerta. ¡Dios de Dios! ¿Qué te has hecho, Vicenta?

Y Vicenta, una criada vieja, acudía, resollando fuerte, y corría á preparar una cama caliente en el único cuarto disponible, el escritorio. Y á medias con el señor cura friccionaban con toda su alma al entumecido muchacho, cuya juvenil naturaleza reaccionó bien pronto.

—¡Gracias á Dios!, exclamó el cura, viendo que el pulso latía con regularidad y el calor natural volvía al cuerpo.

Y sólo entonces, limpiándose la frente sudorosa, se le ocurrió mirar el rostro del niño, dormido ya apaciblemente.

—¡Oh, qué hermoso es, pero qué negrito!, dijo la criada.

—¡Hermoso, hermoso!, respondió el cura. ¡Pobrecito!

Cuando Alegre, porque aquel hermoso negrillo recogido en mitad del campo por el señor cura era el mismísimo Alegre en carne y hueso, abrió los ojos, vióse con asombro tendido en una mullida cama, entre blancas sábanas y gruesos cobertores. ¿Qué significaba aquello?

Atónito paseaba sus miradas por todos los objetos que le rodeaban, un escritorio, una estantería cargada de libros, dos ó tres sillas, algunos cuadros, cuando le pareció que á la cabecera del lecho había alguien. En efecto, allí estaba un sacerdote, viejo al parecer, blancos mechones se escapaban de su solideo; un sacerdote que leía un libro y hablaba solo, porque sus labios se movían...

Al sentir que el muchacho se rebullía en la cama, apartó del libro sus ojos dulces y bondadosos y los posó en su rostro, y al verle despierto, le habló sonriendo.

Pero Alegre no comprendió. El sacerdote volvió á hablarle, golpeándole dulcemente las mejillas.

—No comprendo, respondió el negrillo, haciendo uso de su cortísimo vocabulario español. Soy italiano.

—¡Ah, italiano!, exclamó el señor cura; pues te hablaré en italiano: he estudiado en Roma; conozco tu lengua. Y ¿qué tal? ¿Tienes frío, hambre ó sueño, acaso?

—Nada, nada, estoy muy bien, gracias; pero ¿dónde me hallo?

—En mi casa; ya lo ves, en casa del cura de Brandzen.

—¿Y cómo he venido?

—No, tú no has venido, te he traído yo; tú no hubieras podido venir.

Y el señor cura contó á Alegre la historia de su hallazgo.

—Temía, dijo concluyendo, que hubieras pescado una enfermedad grave, una pulmonía, por ejemplo; pero ya no hay temor, poco te falta para estar sano, quizás lo estés ya.

—¡Oh, sí lo estoy!, exclamó el negrillo.

—Lo creo, hijo mío, lo creo; pero no te levantarás todavía; aguardaremos algún tiempo. ¡Está tan frío el día!

—¿Y Tell?, preguntó el muchacho.

—¿Quién es Tell?

—Mi perro, señor cura. ¿No se vino con usted?

—Sí, sí; tienes un hermoso perro, ¡noble animal!; á él, después de Dios, debes la vida.

—Y después de usted, murmuró el niño, clavando sus ojos grandes y tiernos en el rostro del sacerdote. Gracias; ¡qué bueno es usted!

—¡Psh! ¡Eso lo hubiera hecho cualquiera! Eso no vale la pena. ¿Hablabas de tu perro? Ya vendrá.

***

Levantóse, salió un instante y á poco oyóse un ruido de hierro y algo, como una avalancha, se precipitó en el cuarto.

Era Tell, que ladraba, gruñía y saltaba, arrastrando una gruesa cadena.

—¡Tell, Tell!, exclamó el negrillo.

Y Tell, al oir la voz de su amo, se abalanzó á la cama y apoyando las patas delanteras en el cobertor, empezó las más cariñosas demostraciones de amor perruno.

—Bueno, bueno, decía el niño, retirándose hacia el fondo de la cama para huir del frío y húmedo hocico del perro, que buscaba su cara. ¡Ya basta, Tell, ya basta!

—¡Hermoso animal!, exclamó la criada, que estaba presente; y por cierto que tiene un buen estómago; media olla de caldo y de cocido se ha tomado esta mañana, sólo como desayuno; es un huésped cariñoso, pero caro.

El cura tuvo que traducir á Alegre la charla de la vieja.

—¡Oh!, dijo ésta al oir la jerga aquella. ¡Habrá sido gringo!, ¡quién lo diria!, ¡y tan negrito!

El cura no tradujo sino corregida esta espontánea exclamación de la criada.

Ya las caricias de Tell eran más que suficientes.

—Vamos, Tell, ¡fuera!, ordenó su amo.

El perro agachó las orejas, y moviendo la cola fué sumisamente á echarse en un rincón, dejando marcadas en barro sus anchas manos sobre el inmaculado cobertor.

—¡Oh!, exclamó el negrillo, avergonzado de lo que había hecho su perro y sin saber cómo ocultar tan horribles huellas.

—No es nada, hijo mío, dijo el cura, procurando también ocultarlas de su celosa y rezongona criada. Mancha que con agua sale, no es mancha, y ordenó á la vieja: «Vicenta, ve y del pollito más gordo haz un puchero para el chico, y deja á Tell en su rincón.» Y ahora dime, hijo mío, ¿cómo te llamas?

—Alegre.

—¿Alegre?, murmuró el cura. No está en el almanaque; pero, en fin, es lindo nombre. ¿Y qué hacías en los caminos en día tan crudo?

—Es largo de contar, señor cura.

—No importa, cuéntalo todo; hay tiempo.

Y Alegre contó su historia.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?, preguntó el anciano cuando el niño hubo concluído.

—Buscar al hermano del tío Delfín.

—¿Y Bertoni? ¿No temes caer en su poder?

—No, porque no sabrá dónde estoy.

—¿Y si te hace buscar por la policía?

—¿Aunque yo no esté en Buenos Aires?

—¡Eh! ¡Quién sabe! Si quiere tomarte de nuevo, puede hacerlo; digo, me imagino.

—¡Dios mío! Si es así, si puede hacerme buscar, lo hará, sí, lo hará, porque yo trabajaba bien en la Compañía, yo era un buen payaso, como él decía, y no quiero volver á serlo nunca más, no quiero, señor cura.

Y el muchacho, consternado, sintiendo que en su corazón se despertaban los adormecidos temores, fijaba sus miradas en el rostro del sacerdote, como pidiéndole protección.

—¡Pobrecito Alegre! Confío en Dios que ese italiano no te buscará; esa clase de gente suele tener páginas muy sucias en su historia, y preferirá cualquier cosa á tener que andar en danza con la policía; no, no te buscará, puedes estar seguro. De lo que no respondo es de que no te tome, si alguna vez tropiezas con él.

—¡Ah, eso no!, exclamó el negrillo, disipado su miedo. ¡Qué me va á tomar! Yo corro más ligero, mucho más ligero que él, señor cura, y estoy seguro de que no me tomará.

—¡Bueno, bueno; eso me gusta! Lo que es por ahora, y mientras hallas al hermano del tío Delfín, te

quedas conmigo, ¿eh?; y si no lo hallas nunca, te quedarás para siempre, si quieres; soy pobre, pero no me faltará un rinconcito en mi escritorio para poner tu cama, ni un lugar en mi mesa para un cubierto más.

—Gracias, señor cura, murmuró el niño, besando la mano del buen sacerdote, que le acariciaba la mejilla. ¡Qué bueno es usted, tan bueno como el tío Delfín!

XI

ROTHSCHILD EN MINIATURA

Una mañana el sol rasgó la espesa cortina de nieblas que durante tantos días habían ceñido la tierra.

—Ahora puedes levantarte, dijo el cura á Alegre.

Y Alegre, loco de gusto, bien abrigado en una chaqueta nueva, que de un sobretodo viejo del cura le había hecho la buena Vicenta, corrió á estirar las piernas sobre los agostados campos, que brillaban al sol cubiertos de escarcha.

Tell también quería estirarlas. Había estado recluído voluntariamente, sin apartarse una pulgada del cuarto de su amo durante el mal tiempo. Sin temor al frío, gracias á su espeso pelaje, lanzóse delante del niño á corretear por la polvorosa carretera. También él tenía derecho á participar de la ruidosa alegría del negrillo.

Porque el negrillo estaba alegre, con esa espléndida alegría de los pájaros, que no pueden olvidarse de gorjear; de los arroyos, que no pueden dejar de correr murmurando; de los corderos, que no pueden perder la costumbre de triscar.

Arboles de Brandzen, ¿recordáis una vez siquiera haber visto pasar al negrillo á vuestro lado, sin que ensayara á trepar por vuestro nudoso tronco á sorprender los misterios de vuestra copa? Zanjas de Brandzen, ¿visteis jamás al negrillo detenerse á vuestro borde, vacilando en dar el salto? Pozos y aljibes de Brandzen, ¿reflejó jamás vuestro espejo cristalino el travieso rostro del negrillo asomado al brocal, sin que el eco dormido en vuestro fondo tuviera que responder al saludo amistoso que os enviaba desde arriba, un ¡eh! profundo, claro, vibrante?

Alegre no iba en busca del hermano del tío Delfín, porque no tenía apuro. ¡Cruz Chica estaba tan lejos, y él lo pasaba tan bien en casa del señor cura!

Tenía mil ocupaciones que llenaban su existencia, al parecer ociosa.

En las horas que precedían al almuerzo y á la comida, el buen cura le instruía, le hacía conocer y amar los misterios y los dogmas de su religión, que tan rudimentariamente le había inculcado el tío Delfín; iba sembrando en el dócil corazón del niño la semilla de los grandes sentimientos é iba grabando en su fácil inteligencia el principio de la más alta sabiduría: *initium sapientiæ est timor Domini.*

Además, Alegre aprendia á leer, á escribir, á contar y á hablar la lengua de la tierra. ¿Para qué quería más?

Así pasaron varios meses. Así pasó el invierno, pasó la primavera y llegó el verano.

Alegre, desde que tuvo que buscarse la vida, conocía el valor del dinero. La vida cuesta cara, muy cara, y el señor cura era pobre. Vivir siempre á su costa era un abuso, y él no quería abusar. Quería trabajar; sentía en su cerebro una fiebre, y en su pecho un ansia de mostrar al mundo—¡como si el mundo se fuera á fijar en él!—que no era ya un niño, que era un hombre.

En la Compañía trabajaba para el director; ¿por qué no iba á poder trabajar para él? Y ahora era mayor; ahora, sobre todo, sabía tantas cosas... Alegre se creía un sabio.

Quería ir en busca del hermano del tío Delfín, para trabajar á orillas de la mar, para ser marino, viviendo en un pueblo de marinos, ¡su sueño dorado!

Cuando en el invierno habló de ello al señor cura, éste le dijo:

—Espera que llegue el buen tiempo.

El bondadoso anciano creía que el buen tiempo no llegaría nunca. Hubiera dado cualquier cosa por no separarse de aquel negrillo, que se le había entrado tan hondo en el corazón.

Pero una mañana de sol radiante, una mañana de triunfo, en que la naturaleza verde y galana del estío cantaba su victoria sobre la naturaleza agostada y fría del invierno, Alegre, sudoroso de tanto corretear, plantóse en el escritorio.

Era la hora de la lección; el cura lo esperaba. ¡Bonita lección de meteorología le iba á dar el chico!

—Señor cura, díjole de buenas á primeras, con ese ímpetu con que los tímidos abordan las cuestiones escabrosas, ¿ha llegado ya el buen tiempo?

—Sí, hijo mío, ya ha llegado, respondió el sacerdote, mirando con tristeza los campos lozanos y verdes como un paño de billar, y las nubes de plata que navegaban en aquel cielo glorioso de estío.

—Entonces..., entonces, ¿se acuerda, señor cura, de lo que me dijo en el invierno?

—¿Yo?, no; ¿te acuerdas tú? ¿Qué fué lo que te dije?

—Me dijo que cuando el buen tiempo llegara, podría irme.

—¿Irte?, y ¿adónde?

—A buscar el hermano del tío Delfín. Yo quiero trabajar, quiero ganarme la vida, quiero vivir á orillas de la mar, señor cura.

Aquellos tres *quieros* habían sonado tristemente en el corazón del anciano.

—En fin, ¡qué se ha de hacer!, murmuró resignadamente, y añadió en voz alta: ¿Conque quieres irte, verdad?

—Sí, señor cura.

—¡Hombre!, ¿tan mal te tratamos aquí?

—No, no es eso; yo quisiera estar siempre con usted, pero quiero trabajar...

—¿Tú?

—Yo, señor. ¿No soy bastante grande y fuerte ya?

—Vaya contigo, hombretón; si todos tuvieran tus bríos, otro gallo nos cantara; pero dime, ¿por qué no te quedas aquí? Trabajo no te faltará.

—Si hubiera mar..., insinuó Alegre.

Nada, nada, el negrillo se iba y se iba, y el señor cura tuvo que resignarse.

—Pero ten entendido que por mi gusto no te vas, ¿eh?

Vaya si lo entendía eso Alegre. Ni por el suyo se iba. Era el destino el que lo llevaba.

Para llegar á Cruz Chica era necesario, primero, ir á La Plata, allí tomar el tren para Necochea, y en este punto esperar que el servicio de mensajerías, que lo ligaba con Mar del Plata, lo transportara á Cruz Chica, situado cuatro ó cinco leguas al Norte de Necochea.

Para ir á La Plata, distante ocho ó diez leguas de Brandzen, hubiera podido tomar el tren; pero aquel día supo el señor cura que un vecino del pueblo se iría en coche al siguiente por negocios particulares. Era mejor.

Gustoso ofrecióse á llevar al negrillo. No había temor de que en aquel caso se repitiera la aventura del carretero.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, ya Alegre estaba listo; iban á hacer el viaje con la fresca. El coche no se hizo esperar.

—Bueno, mi querido niño, dijo el cura á Alegre; ha llegado el momento; sé siempre como has sido hasta ahora, y no olvides lo que aprendiste.

—Nunca, señor cura, respondió el muchacho, besando la mano al digno sacerdote.

—Y cuidado también con olvidarme á mí.

—¡Jamás, jamás!

—Ni á mí tampoco, murmuró Vicenta, secándose con la punta del delantal dos lagrimones como guindas, casi perdidas en las zanjas de su arrugada cara.

Decididamente *el gringo,* como ella lo llamaba, sabía hacerse querer.

—¡No, á ninguno, nunca!, repitió Alegre, abrazando al cura y dejándose abrazar por la vieja.

Pero no era conveniente hacer esperar al dueño del coche, cuyos caballos piafaban de impaciencia. El negrillo se desprendió de los brazos de sus buenos amigos y saltó al asiento que le habían reservado. Chasqueó la fusta, y el coche arrancó al galope por la carretera, en medio de una nube de polvo que doraban los rayos del sol naciente.

Todavía Alegre, volviendo el rostro y agitando su pañuelo, hacía señales de despedida al cura y á la anciana.

Sólo cuando la casa parroquial se perdió en un recodo del camino, guardó el pañuelo y se acomodó juiciosamente en el asiento, para hacer el viaje lo mejor posible.

Le quemaba la curiosidad de conocer el contenido de un sobre que el cura le había dado á última hora. El sobrescrito no decía más que estas palabras: *Para Alegre.*

—No lo abras, le dijo al dárselo, hasta que estés lejos de aquí, si es posible en Cruz Chica.

Pero la tentación era demasiado fuerte; de todas maneras, la carta era para él. Así, en cuanto vió que el pueblo desaparecía á lo lejos, detrás de la arqueada espalda de una loma, rompió el sobre, y cuidando de que su compañero no viera su maniobra, revisó el contenido.

Casi dió un grito.

Allí había una tarjetita. «Alegre, hijo mío—había trazado en ella la mano del señor cura,—sé bueno siempre, sé bueno como lo has sido hasta ahora; guarda como un tesoro lo que conmigo has aprendido; no olvides mis enseñanzas; con ellas serás sabio; y guarda en tu corazón un huequecito para la imagen de tu amigo.»

Pero además de esto había algo que el niño creyó una fortuna: había allí un billete nuevecito de..., ¡oh, Dios!, el chico se lo decía á sí mismo para convencerse de que no soñaba, un billete nuevecito de ¡cincuenta pesos!

Pero, escarmentado con la aventura del carro, guardóse bien de hacer nada que pudiera dejar traslucir el motivo de su gozo; dobló la carta y el billete, metiólos en el sobre y lo guardó todo en el fondo de su más oculto bolsillo, temeroso de que huyeran de allí aquellos cincuenta pesos, base de un castillo encantado que hilada á hilada iba construyendo la fantasía, ese eterno albañil de la ambición.

XII

LA TIERRA PROMETIDA

La mensajería no pasaba precisamente por Cruz Chica, sino á poco más de una legua.

El muchacho recogió su equipaje, poco voluminoso, y descendió del coche.

—La carretera va directa sin torcer una pulgada, le dijo el cochero, señalándole la blanca cinta del camino que dividía la inmensa pradera verde.

Una legua de camino no era para arredrar á un chico como Alegre, aburrido ya del traqueteo del tren y de los barquinazos del carruaje, y que sólo deseaba caminar un rato para estirar las piernas entumecidas.

Para Tell aquella legua era un grano de anís, á pesar de que había hecho todo el trayecto de Necochea hasta aquel punto, trotando detrás del coche.

El sol no era muy suave; era un sol de siesta en diciembre; pero Alegre llevaba un ancho sombrero de paja que le defendería de sus rayos. Por otra parte, desafiaba al sol á que tostase su tez más de lo que estaba.

Así empezó la última parte de la jornada.

Ni Alegre ni Tell tenían por qué apurarse, pero hacían su camino concienzudamente, eso sí, deteniéndose debajo de cada árbol para gozar durante algunos segundos de la frescura de su sombra. De buena gana el negrillo hubiera trepado á su copa, como solía; pero esto parecíale poco apropiado en una persona que como él tenía cincuenta pesos en el bolsillo.

Sí, cincuenta pesos, porque el bueno del señor cura tuvo el cuidado de darle aparte dinero con que pagar el tren y el coche, para que Alegre conservara intacto aquel billete flamante y oloroso como recién salido de la prensa.

Hacia las cuatro de la tarde el niño vió el horizonte ceñido por una línea azulada que se dilataba hasta donde los ojos no podían llegar.

—¡La mar!, exclamó, después de contemplar aquello unos segundos. ¡La mar, la mar!

Y loco de alegría se lanzó á la carrera.

Cuando llegó, apenas se detuvo para quitarse los zapatos y corrió á chapotear con los pies desnudos las ondas saladas de aquel mar que seis meses hacía le quitaba el sueño.

Cuando hubo saciado su sed de mar, tendió la vista en busca de la población que, según le decían, estaba al final de la carretera, en la costa.

Esta vez no se había perdido.

A pocas cuadras de allí se alcanzaba á divisar un río, que mansamente se recostaba en el mar En la otra orilla, mostrando apenas por entre los tupidos árboles de un parque las agujas de sus torrecillas, se adivinaba la silueta de un magnífico *chalet,* que le recordaba los viejos castillos de su tierra. Y á la derecha, á dos cuadras á lo sumo, apoyando la cabeza en el río y bañando los pies en el mar, estaba la población, unas cuantas docenas de casitas blancas.

Era Cruz Chica. ¡La tierra prometida!

Alegre, sin pararse á contemplar la perspectiva magnífica del cuadro y sin ponerse siquiera los zapatos, que quedaron en la arena de la playa, corrió al pueblecito y se entró de sopetón en sus calles, llamando en la primera casa que le cerró el paso.

Salió una mujer. Alegre, en su más puro castellano, dió las buenas tardes y preguntó por la casa de D. Ludovico Pessaro.

—¿Ludovico has dicho? Pues en ella estás, muchacho, respondió la mujer, afablemente. ¿Qué buen viento te trae?

—¿No podría hablar con él?

—Ahora no, porque no está aquí; pero estoy yo, que soy su mujer, y es lo mismo.

—¿Usted? ¿Usted, la señora?.. ¡Ay! El tío Delfín, ya me acuerdo, se había olvidado de su nombre.

—¿El tío Delfín? ¿Lo conoces? ¿Conoces á Joaquín Pessaro, hermano de mi marido?

—¡Vaya si lo conozco! Como que he estado no hace mucho con él, y traigo una carta suya para don Ludovico.

—¿Una carta del tío Delfín?, exclamó la mujer, que no bien oyó repetida la afirmación corrió hacia la playa, á la desembocadura del río, donde se veían los palos y las jarcias de algunas embarcaciones, y llamó á gritos:

—¡Ludovico, Ludovico!

Y un hombrachón, tamaño como un Hércules, de anchas patillas grises, sin bigote y con una pierna de palo, salió por la escotilla de una de las barcas mayores. Era el mismísimo Ludovico Pessaro, que en cuanto oyó lo que le decía su mujer, corrió dando zancadas con su pierna de palo.

—Muchacho, dijo á Alegre con un vozarrón de contramaestre en mitad de la tormenta. ¿Eres tú? ¿Has visto al tío Delfín, á mi buen Joaquín?

—Sí, hace algunos meses, y traigo una carta de él para usted.

—Trae acá, hijo mío, exclamó el pescador, echando lumbre de alegria por los ojos.

El chico le entregó la carta, cerrada por el cura dentro de un sobre nuevo. D. Ludovico, á quien casi le estorbaba lo negro, rompiólo y comenzó á deletrear los no muy seguros garabatos del tio Delfín, sudando á mares como si remara contra la corriente.

Sólo al cabo de un rato, cuando gracias á tres lecturas creyó haber penetrado bien su contenido, guardó el papel y abrió los brazos, gritando al niño:

—Ven acá, hijo mío; ven, que te abrace este rudo marinero. Mi hermano, mi buen Joaquín, ha sido un padre para ti; yo seré un tío, el tío Ludovico, ¿eh?

Y el pescador estrechó entre sus forzudos brazos á Alegre, que apenas podía creer en tan halagüeña acogida.

—Alegre, ¿verdad? Alegre te llamas; pues bien, Alegre, hijo mío, ya no vagarás errante por el mundo; en adelante mi techo será tu techo, la mitad de mi pan será tuyo, y no te faltará en mi mesa un plato de sopa; en adelante tendrás una familia, yo seré el tío Ludovico y mi mujer será la tía Marta, ¿entiendes, Alegre, mi buen muchacho?

La tía Marta se había quedado en la barca, continuando la tarea abandonada por su marido, pero llegó á tiempo.

—Mujer, díjole Ludovico, Dios se llevó á su gloria nuestros dos hijos, pero ahora nos manda otro; mira tú qué negrillo más hermoso.

Sí, Alegre era muy hermoso. Y la mujer de Ludovico, como buena criolla, apreció en aquel negrillo su semejanza con los morenos hijos del país.

—Alegre, dijo, abrazándolo y besándolo en la frente. ¡Qué lindo nombre! Alegre, ¿te quedarás con nosotros?

—Sí, para siempre, respondió el niño.

—Bien, desde hoy ocuparás en nuestra casa el lugar que habrían ocupado nuestros hijos si hubiesen vivido; en nuestra casa y en nuestro corazón.

—Y trabajaré con ustedes, ¿verdad? Soy grande ya y fuerte para ganarme la vida.

—¡Bravo, hijo mío!, exclamó Ludovico. ¡Así me gusta! Trabajarás, sí; trabajarás y nos ayudarás en lo que puedas. Si te gusta la mar serás pescador.

—Pescador, sí, marinero; me gusta la mar, me gusta mucho más que la tierra.

—Mejor, mejor; serás un buen marino; ya verás lo hermoso que es nuestro oficio.

Tell, en quien nadie había parado mientes, estaba disgustado, y saltaba y se metía por todas partes, rozando las piernas de su amo para que le hiciera compartir algo de su alegría

Pronto consiguió lo que deseaba. Ludovico se había fijado en él, gracias á una zancadilla que echó á su pierna de palo; Tell era muy mal criado.

—¿Es tuyo este perro?, preguntó el marino á Alegre.

—Sí, es mío; ya verán qué bueno es, y qué inteligente y cuánto sabe. «¡Tell, Tell, en dos patas!,» ordenó en italiano el niño (Tell no sabía castellano). «¡En dos patas y baile con música!»

Tell se paró en dos patas guardando el equilibrio y comenzó á saltar ladrando.

—¡Saluda á los señores!

Y Tell, cruzando las manos sobre el pecho, se inclinó gravemente delante del pescador y su mujer.

Éstos no pudieron contenerse y soltaron una ruidosa carcajada.

—¡Qué lindo animal y cuánto sabe!, exclamó Marta.

El chico le entregó la carta, cerrada por el cura dentro de un sobre nuevo

—¡Oh, eso no es nada! Aún sabe mucho más. Ya lo verán los domingos, cuando no haya que trabajar; entonces Tell trabajará por nosotros.

—Sí, sí, los domingos, no más, insinuó el marino. Acá todo el mundo trabaja y Tell no nos hará perder nuestros buenos hábitos. Y ahora me voy á carenar mi barca grande; quiero concluir la tarea antes de la noche. Después hablaremos; nos contarás tu historia, Alegre, porque debes tener historia, ¿verdad? Ahora me voy. Si quieres venir conmigo...

Sí; era lo que quería desde que oyó hablar de barco. Además, tenía que pedir algo.

—¿Cómo, qué cosa?, preguntó el marino cuando él se lo dijo.

—¿Me ha dicho que debo llamarlo tío Ludovico á usted y tía Marta á su mujer?

—Sí; ¿no te gusta, acaso?

—No; yo quisiera llamarles de otro modo.

—¡A ver, á ver!

—Yo no sé, pero si me van á mirar como á hijo, si en su casa y en su corazón voy á ocupar el lugar de un hijo, sería mejor que les llamara padre y madre.

—¡Oh, Alegre! ¡Alegre, hijo mío!, exclamaron á un tiempo los dos esposos, abrazando al chico con verdadera efusión.

—¡Padre y madre! Padre Ludovico y madre Marta; ¿es eso, Alegre, lo que tú quieres?, ¡pués ya está concedido!

—Sí, eso es: ¡padre y madre!

Y el negrillo enjugó una lágrima furtiva que empañó el cristal de sus ojos.

En su memoria se levantó borroso el recuerdo de un mercado de esclavos.

XIII

CAPITÁN ALEGRE

Cruz Chica no era muy antigua. Siete ú ocho años antes, el que hubiera pasado por allí no habría visto más que un monte intrincado sin rastro de planta civilizada.

Pero un buen día, á una riquísima familia porteña, la familia de Alvarado, dueña y señora de todas aquellas tierras en un espacio de cinco ó seis leguas cuadradas, ocurriósele alzar un *chalet* veraniego á orillas del mar.

Entre Mar del Plata y Necochea, los dos aristocráticos balnearios, surgió á golpes de pico Cruz Chica.

El clima era benigno y saludable, el país era fértil y pintoresco: no había más que pulir la obra de la naturaleza. Y en dos años, lo que antes eran jarales y marañas, quedó convertido en hermosísimo parque; lo que era tierra inculta, en labradas praderías, y lo que era sólo un riacho, trocóse en un canal navegable por pequeñas embarcaciones, en una longitud de dos ó tres kilómetros desde el mar, corriente arriba.

Levantóse en medio del parque, á la orilla derecha del río, la fastuosa mansión de la familia de Alvarado, y á la izquierda empezó á formarse un pueblecito de colonos y pescadores, un pueblo mitad marino y mitad terrestre, pero un pueblo aseado y lindo, que era lo que había que ver.

Con los primeros calores del verano empezaba la desbandada de las familias aristocráticas, que huían de la gran capital. Unas iban á las sierras de Córdoba; otras corrían á los balnearios de Mar de Plata, Necochea ó de la Banda Oriental. La de Alvarado, en un precioso yate, se trasladaba á Cruz Chica.

Esto fué en los primeros años. Más tarde, aquel *chalet* solitario, enclavado lejos de toda villa aristocrática, concluyó por hastiar á sus dueños, que sólo de tarde en tarde y por poquísimos días lo visitaban.

Pero Cruz Chica, con vida propia ya, no necesitaba de ellos para ir creciendo paulatina, pero seguramente. Las tierras fértiles y el mar, rico en pesca de toda clase, pagaban con creces los sudores de aquellos colonos pescadores.

En Cruz Chica, cada familia tenía su sembradío y su barca. Cuando la tierra era dura y no devolvía en fruto las fatigas del labrador, el mar, rindiendo su tributo, equilibraba la balanza.

Sólo Ludovico Pessaro no tenía ni una pulgada de tierra para sembrar.

—¡Uf, la tierra, me da asco!, decía el marino. ¡La mar, la mar!

En cambio tenía dos embarcaciones: una grande, la mejor de las que atracaban al muelle de Cruz Chica, y otra pequeña, la *Gaviota*, la más airosa y linda barca que cortaba las ondas del mar, desde Buenos Aires á Bahía Blanca; Ludovico lo aseguraba y podían creer á Ludovico, verdadera autoridad en achaques marítimos.

En componer la mayor, que tenía una costilla hundida por un choque, se ocupaba el marino cuando su mujer fué á avisarle de la llegada del negrillo.

—Muchacho, decía el buen padre Ludovico al niño, mientras se dirigían al muelle, con mucho gusto hubiera dejado por hoy mi trabajo por celebrar tu venida, pero tengo averiada mi *Parma*, y como debo hacer un viaje á Necochea mañana mismo, es fuerza que todo quede listo esta misma noche.

En ese momento llegaron al muelle. Todas las barcas estaban amarradas, balanceándose graciosamente, mecidas por la corriente del río. La *Parma* estaba en la orilla, mostrando en su combado casco la herida que iba á curar su dueño. Poco faltaba ya; cepillar el tarugo con que había cerrado el agujero, calafatear con estopa embreada las junturas de una parte de la tablazón dislocada por el golpe y echar al agua la embarcación.

—¡Qué lindo!, exclamó Alegre entusiasmado, viendo aquel puertecito.

(Se continuará.)

EXPOSICION DE CARICATURAS EN EL SALÓN PARÉS

Con plausible acuerdo decidieron los dibujantes del semanario catalán titulado «¡Cu-Cut!» exhibir en el Salón Parés las obras que figuraron en la Exposición de Caricaturas celebrada recientemente en Madrid. Y celebramos su decisión, puesto que nos han procurado el medio de apreciar una vez más sus méritos y ese inagotable y razonable ingenio que les ha reportado la justificada popularidad de que gozan.

Ante todo hemos de celebrar el homenaje que han tributado á aquellos artistas que no desdeñaron, como Fortuny, Planas, Padró y Pellicer, dar muestra de un humorismo sano é ingenioso, sin abandonar su labor artística, aportando á la sátira el caudal de su fantasía y de sus aptitudes, de manera que en esas exageraciones de líneas, trazadas más para expresar un concepto que para acentuar un rasgo, adivínase la mano del artista guiada por el hombre pensador é inteligente. Oportuna es á todas luces la exhibición en el sitio de preferencia del Salón Parés de algunas de las producciones del género á que nos referimos, obras de aquellos excelentes artistas que fueron amigos queridos nuestros y de quienes conservamos sentido recuerdo.

Los expositores han sido, según decimos, los dibujantes del semanario que mencionamos y todos, á juzgar por las obras expuestas, han demostrado sus tendencias y la especialidad dentro del género que cultivan. Así vemos que el intencionado Cayetano Cornet abandona esta vez su ática sátira política para exponer la poco lisonjera situación de los beneméritos maestros de primera enseñanza, todavía desatendidos; a J. Junceda fustigando al mal llamado espectáculo nacional por medio de la representación de un achaparrado é inculto picador, demostrando una vez más ese espíritu observador, sutil y enérgicamente apuntado que tanto le distingue; á Juan Llaverías aplicando su ingenioso humorismo á cultivar ese género singular, personal, que tiene por objeto la caricatura de los animales; y á Ricardo Opisso, que sin exagerar los trazos, sin extremar las naturales deformidades, satiriza, en forma siempre bella y agradable, los tipos y cuadros sociales, con este concepto noble y elevado, persiguiendo una finalidad digna de aplauso, sin abandonar su carácter y tendencia, cual si persiguiera el propósito de que la nota humorística resultara de la exposición, pero nunca del falseamiento de la línea.

A. García Llansó.

Las privilegiadas, dibujo de Ricardo Opisso

El rubicundo Febo, dibujo de Juan Llaverías

El maestro de escuela, dibujo de C. Cornet

Un Juan Lanas, por J. Junceda

«A tea party,» dibujo de Ricardo Opisso

El picador, dibujo de J. Junceda

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. – Los últimos cuadernos de esta publicación verdaderamente monumental, en la que nos hemos ocupado varias veces con el elogio que merece, son el 19, 20 y 21 del tomo «Toledo» y el 1.º del tomo «Granada.» El texto de los tres primeros es de D. Rodrigo Amador de los Ríos y el del último de D. Manuel Gómez-Moreno, y está redactado á dos columnas, en español y en francés. La ilustración es magnífica, siendo numerosos é interesantísimos, así los grabados intercalados en el texto, como las láminas sueltas. Es esta una obra bajo todos conceptos importante, que honra á la Compañía Arrendataria de la Gaceta de Madrid, encargada de editarla. El precio de cada cuaderno es de tres pesetas en España y tres francos en el extranjero.

CUENTOS, por *Juan Valera*. – Se ha publicado el tomo XIV de las obras completas de D. Juan Valera, que contiene los cuentos *Parsondes*, *El pájaro verde*, *El Bermejino prehistórico*, *El espejo*, *El pescadorcito Urashima*, *El hechicero*, *La muñequita* y *La buena fama*. Tratándose de autor tan ilustre, creemos ocioso elogiar estos trabajos y nos limitaremos, por consiguiente, á decir que el tomo, de 344 páginas, ha sido impreso en Madrid, en la imprenta Alemana, y que su precio es de tres pesetas.

MEMORANDUM DE LA CUENTA DIARIA. — AGENDA DE BUFETE. — AGENDA CULINARIA. — AGENDA DE BOLSILLO. – La casa Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, ha publicado estas agendas para 1908, que contienen: la primera, secciones especiales para anotar visitas, señas útiles, gastos é ingresos diarios y cuanto se necesita para llevar ordenados los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna; la segunda, diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos muy necesarios en oficinas de banca, comercio, particulares, etc; la tercera, 365 minutas y más de 700 recetas culinarias y una agenda en blanco para anotar al día los gastos de cocina; y la cuarta, es un libro de notas, dividido en días, con interesantes datos sobre correos, telégrafos, teléfonos, tranvías, carruajes, etc. El precio de estas publicaciones es respectivamente de 2'50, de 1 á 5, 2 y 1'50 pesetas, en Madrid; en provincias, 50 céntimos más cada una.

PAGINES FESTIVES, por *Alejandro Font*. – Colección de artículos de costumbres, en los que el autor, como dice su prologuista, «ha visto la vida bajo su aspecto más agradable, ha reducido las tragedias á la categoría de sainetes y no ha buscado superhombres, sino seres de carne y hueso.» Las escenas por el Sr. Font descritas están admirablemente observadas, y sus personajes están arrancados de la realidad. El libro es de los que se lee con gusto y que deja grata impresión en el ánimo. Un tomo de 290 páginas, con un prólogo de Oriol Martí, editado en Barcelona por la «Biblioteca Juventud.» Precio, 3 pesetas.

Busto de la Srta. L., obra del escultor belga Hipólito Nyst
Salón de Bellas Artes de los Artistas belgas. Bruselas, 1907
(De fotografía de V. Hennebert.)

CASOS HISTÓRICOS Y TRADICIONES DE LA CIUDAD DE MIZQUE, por *Eufronio Viscarra*. – Colección de interesantes narraciones referentes á aquella ciudad boliviana, en otro tiempo opulenta y hoy en decadencia, y á sucesos acaecidos en los diversos períodos de su historia, desde su fundación hasta la guerra de emancipación. La obra del Sr. Viscarra es fruto de un paciente trabajo de investigación en archivos y bibliotecas, y todos sus capítulos tratan de sucesos muy interesantes, descritos en ameno y elegante estilo. Un tomo de 166 páginas, impreso en Cochabamba, en la tipografía «El Universo.»

POM DE CANSONS, por *Apeles Mestres*. – El Sr. Mestres ha tenido el buen acuerdo de reunir en este volumen una porción de composiciones que figuraron en otros tomos, cuyas ediciones están agotadas. De las poesías publicadas ahora, unas pertenecen á los años juveniles del autor, otras han sido premiadas en los Juegos Florales, y algunas son inéditas; todas ellas se caracterizan por la intensidad del sentimiento, por la frescura de la inspiración, por la belleza de la forma, cualidades que atesora en alto grado el Sr. Mestres y que le han conquistado uno de los primeros puestos en la literatura catalana. Un tomo de 160 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio Lopez; precio una peseta.

ANALES DE CABILDO. CIUDAD DE TRUJILLO. Por *Alberto Larca Herrera*. – Interesante colección de noticias relativas á Trujillo (Perú), tomadas del Libro Rojo de aquella ciudad, que contiene actas desde el 6 de enero de 1821, fecha de la independencia de la misma, hasta 21 de marzo de 1823. Un folleto de 64 páginas, impreso en la tipografía Olaya, de Trujillo.

CECILIA, por *Januario Espinosa*. – Novela de costumbres americanas, de acción interesante y bien escrita. Un tomo de 126 páginas, impreso en Santiago de Chile, en la imprenta de «El Diario Ilustrado.»

LES MILLE ET UN MATS INVERSES, por *Alain C. White*. – Obra compuesta de dos tomos; el primero contiene mil y un problemas de ajedrez y el segundo las soluciones de los mismos, precedidas de una introducción sobre la importancia de los mates inversos. La obra ha sido publicada en París, por Numa Preti.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle*, *Littré*, *Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. – Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. – Cuatro tomos: **55 pesetas.**

Montaner y Simon, editores.—Aragon, 309 y 311. Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la **salida** de los **dientes**, previene ó hace desaparecer los **sufrimientos** y todos los **Accidentes** de la **primera dentición.**

EXÍJANSE el SELLO de la *"Union des Fabricants"*, y la FIRMA **DELABARRE.**
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – **ASMA** – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

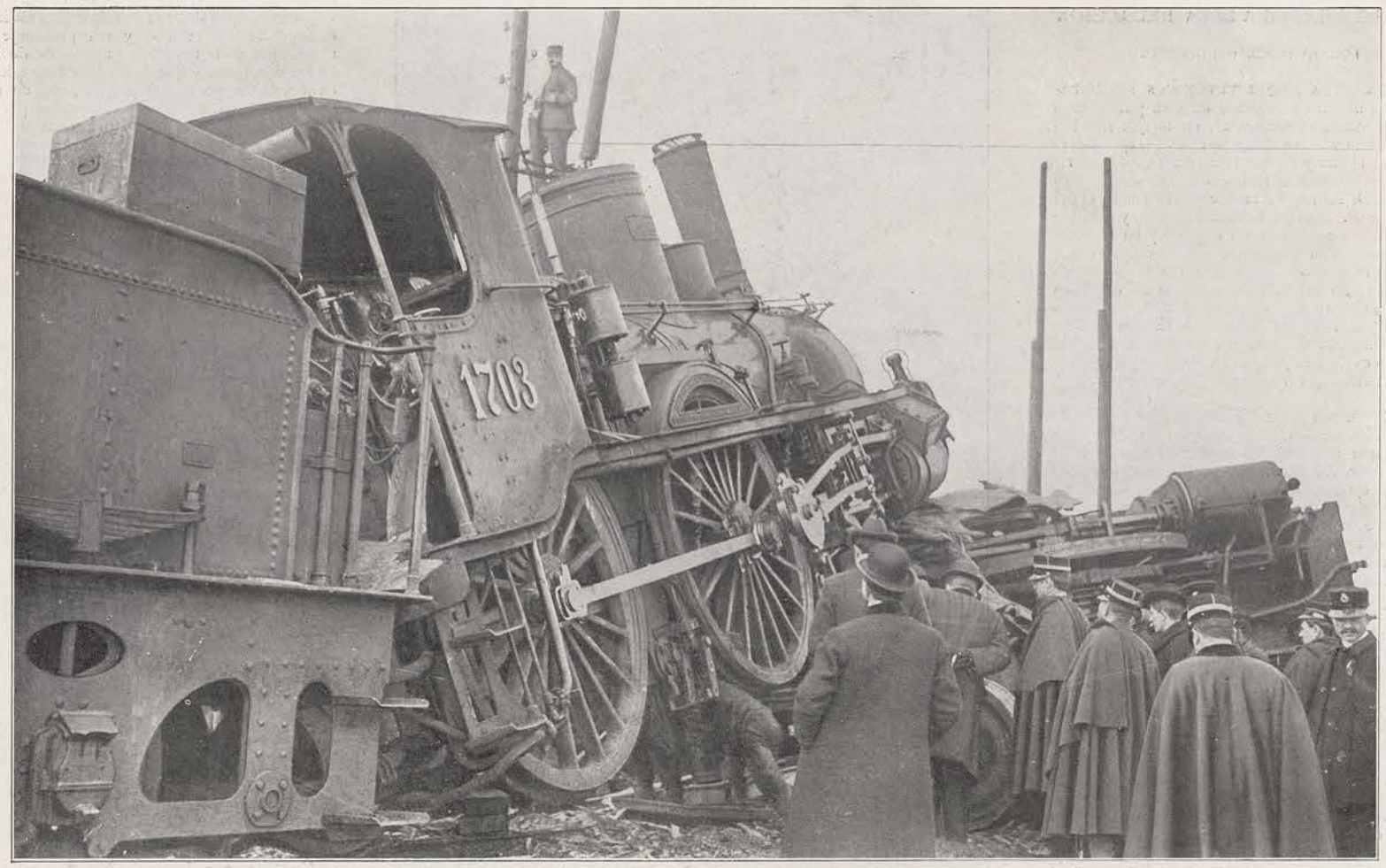
HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.

Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**



La catástrofe ferroviaria del puente de Acquabella, cerca de Milán.

Aspecto del lugar del suceso pocas horas después de ocurrido el doble choque de trenes. (De fotografía de R. Fiorilli, de Milán.)

En la noche del 20 de los corrientes produjose una horrible catástrofe ferroviaria en el puente de Acquabella, no lejos de Milán. El tren correo, salido de esta última ciudad, poco antes de llegar al puente, halló apagado el disco de señales, y el maquinista, temiendo un accidente, detuvo el convoy para averiguar la causa de la anormalidad, que era simplemente una distracción del guardaagujas. Púsose de nuevo el tren en marcha, pero con la detención se habían perdido algunos minutos, precisamente la diferencia de horario con el expreso que marchaba en la misma dirección á una velocidad de 60 kilómetros por hora. El guardaagujas, aturdido por su anterior falta, no hizo señal de detención y la máquina y los primeros vagones del expreso chocaron con los últimos del correo, saltando todos sobre los rieles y cayendo por un talud de algunos metros, haciéndose añicos.

Mientras se efectuaban los trabajos de salvamento, otro expreso, el de Bérgamo, chocó con los vagones destrozados, cayendo igualmente por el terraplén y causando nuevas víctimas.

Como se ve, la doble catástrofe ha revestido espantosas proporciones, aumentando el horror de la misma la obscuridad y la niebla de la noche.

En los primeros momentos se retiraron 12 muertos y 64 heridos, muchos de éstos gravísimos y que á poco fallecieron.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón